

Recuerdo



Nostalgia de la infancia

por Enrique Jaramillo Levi

Es un librito* tierno, cariñoso, sabio, destinado a niños que crecen aprisa y a los adultos que olvidan que fueron niños y a los adultos que, queriéndolo o sin quererlo, continúan siendo inocentes, sensibles o simplemente humanos. Novoa Montero ha mojado su pluma en nostalgia, en la más sencilla clase de poesía: la que logra estimular fibras dormidas hablándole directamente al sentimiento. Y no es que su mensaje carezca de profundidad y, por lo tanto, que no sea de interés para los cultores de la filosofía. El que escribe es un médico venezolano, un hombre que ha visto de frente enfermedades y muerte, un ser que lleva dentro experiencias que le han enseñado formas de vivir. La estructura diáfana de *Los mundos* surge de la preocupación paterna, de los consejos disfrazados de metáforas infantiles, que el narrador ofrece a su hija enferma y más tarde a la niña que crece en un mundo plagado de problemas de difícil solución. La conversación en que sólo escuchamos a un interlocutor, es diálogo a pesar de todo, porque la niña silenciosa que escucha somos todos y cada uno de nosotros, que vamos musitando sí o no, o así es, al final de cada breve capítulo.

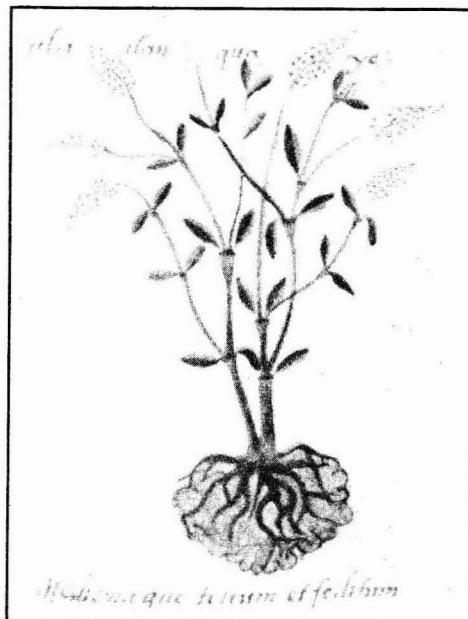
De la misma manera que Novoa Montero le dice a su pequeña: "...tú eres uno de los trabajos más hermosos de tu padre", con esa misma convicción interpreta las fantasías a colores de su hija; esos dibujos que otros encuentran sin sentido, a los cuales llaman simples "garabatos", contienen la visión que del mundo tiene una niña cuando comienza a distinguir matices y niveles, o por lo menos así quiere desglosar los dibujos su padre. Y, en realidad, no es la acertada simbología encerrada en la fantasía infantil lo que interesa en los comentarios que hace Novoa Montero, sino la proyección que su mente logra a partir de líneas coloreadas que a lo mejor no provienen mas que de una impostergable necesidad de expresión. Vemos cómo es él mismo quien percibe situaciones relacionadas a su experiencia y posibilidades, tanto conflictivas como esperanzadoras, para el futuro de la hija adorada. Y nos identificamos con su gran sensibilidad, con sus inquietudes, con su don generoso de ofrecer consejos arraigados en el amor al prójimo. Es un mundo

ideal el que quisiera Novoa Montero para su hija, un mundo donde los problemas desaparecen o se simplifican al máximo con la sola buena voluntad. Lo que él propugna es una vuelta al más elemental cristianismo. Pero su programa de buenas acciones y pensamientos nobles pretende ignorar la hostilidad ingrata de los que no se han formado en un mundo construido sobre pilares de amor y comprensión, los que seguirán golpeando una y otra vez la otra mejilla que a toda hora ofrecerá la mujer que se crió oyendo metáforas. Y en esto estriba la ingenuidad bien intencionada de la obra. En no poder admitir que no siempre podrá estar animando a la niña, pues si bien es cierto que mientras crece, "el aliento de mi alma será tu combustible", ya después tendrá que enfrentarse ella sola y con combustible propio a la vida. Es obvio, sin embargo, que la edad que ahora tiene la niña no es la más propicia para insinuarle las sombras que tendrá que penetrar con luz propia ni para pintarle dantescas perspectivas. Lo que sí podría censurarse un poco es el nada disimulado énfasis que pone el autor en llenar su propia vida de alegrías, satisfacciones y esperanzas que van completándose con la vida sana y juguetona que comparte con su hija. Es decir, el libro comienza siendo un poemario dirigido a la niña y, a mitad de camino, se convierte en una justificación a través de ella, de su propia vida. La soledad se le llena de alegría y entusiasmo cuando, según él, ella logra comprenderle cabalmente en sus dibujos, hasta colocar su existencia compleja en el "ocre y azul de mi serenidad actual". En el centro de esos colores en mezcla profunda están precisamente "los viajes de mi espíritu", y eso determina la aseveración del autor: "Allí me acompañas tú y me ayudas a realizar mis ilusiones." El "yo" del autor es, pues, el globo henchido de satisfacción que agradece la dúctil generosidad del hilo que traza líneas acertadas en el aire, que le permiten continuar lleno de ilusiones. Quizá lo que más negativamente llama nuestra atención, sea la parte que dice: "Sube pujante, que yo estaré contigo luchando porque mi vida, como en tu dibujo, nunca tenga manchas negras de viajes fantasmagóricos." Lo normal sería

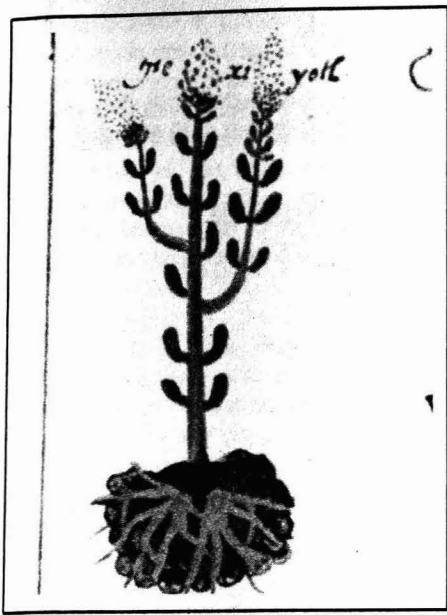
que se preocupara por no ver manchas negras en la vida de la niña, que le deseara un futuro donde las manchas, que necesariamente tendrán que aparecer, fueran grises, menos lacerantes, más borrables. Pero no, el enfoque presente y futuro es hacia la propia cordura y serenidad, por más que se pretenda suavizar esta realidad con frases cariñosas como: "Tú eres mejor que las flores."

El capítulo titulado "La amistad", justifica, no obstante el libro, y parece contradecir la interpretación, hasta cierto punto negativa, que hemos hecho de lo presentado por el autor en los capítulos finales. El padre le señala a su hija: "Cuando seas mayor, ese mundo maravilloso que ahora tienes se cambiará totalmente", y en ese momento se introduce la advertencia que conlleva la más auténtica generosidad y cariño, la de no ocultar el proceso evolutivo que trastocará las anteriores semblanzas del mundo. "Quiero que recuerdes que ese mundo, muy distinto al de ahora", señala el padre, "no debe dejar de ser también maravilloso para ti. En el mundo que ahora vives, tú eres el centro. Alrededor de ti giran todos los cariños... Cuando crezcas, tú girarás en torno a muchos". Más adelante aclara que "el secreto está en que hagas que los demás reciban siempre de ti una parte siquiera de lo mucho que te damos", pero le advierte: "encontrarás muchas fieras en tu contorno... no las busques, pero no les tengas miedo", y da como ejemplo ideal, como modelo a imitar a Francisco de Asís. Todo eso está muy bien y se ajusta hermosamente a la mente unidimensional y soñadora de los niños. Lo que habría que advertirle a la pequeña en un futuro no muy lejano, es que las bestias del mundo no están dispuestas a devolver el nombre "hermano" ni a bajar la vista arrullados por el misticismo de una suave voz.

"Te voy a regalar monedas de la mejor ley, afirma Novoa Montero, Con ellas irás tranquila por el mundo. Podrás comprar todo lo que desees y quizá te den más de lo que intentes adquirir." Esas monedas son las experiencias, más bien las enseñanzas y consejos que él le facilita. Espera que ella vaya reuniendo esas gotas de simpatía, pues "cada día deposita en ti una de esas monedas que quiero guardes con mucho celo". Hay que ser generoso con las cosas aprendidas y atesoradas como valores útiles a través de los años, "y cuando te toque emplearlas, repártelas entre tus semejantes... Esas monedas te serán llave y divisa... Nunca las des con mezquindad". Aquí vuelve a advertirle que recibirá amargas y que "muchas veces te morderá la envidia", pero le aconseja: "paga con esas monedas". Esto propiciará que un día, cuando la hucha se quede vacía, ocurra el milagro de hallarla llena de Cariño. Vuelve, pues, el autor, a su anticipación de un mundo ideal que, más que probable, representa su más caro deseo para la felicidad de su hija. El acierto de Novoa Montero estriba aquí en señalar que sólo en uno mismo se puede hallar la paz, muchas veces como producto de los recuerdos gratos, del amor que se compartió con otros, mas no en el mundo exterior, agresivo o indiferente.



* Darío Novoa Montero: *Los mundos*, Fernández Editores, México, 1970, 89 pág.



Otro momento de acierto es aquel en el cual la niña recibe el consejo de “dar mucho”. El padre procura inculcarle altruismo, desinterés, sacrificio. Le recomienda “dar en el momento oportuno y a quien lo necesite, procurando que no vea tu mano al recibir la dádiva”, pues no se trata de “dar por dar, ni es el dar por recibir a cambio, ni es el dar dispendioso”.

Uno de los capítulos más bellos del libro es el llamado “El manantial”. Todos estamos solos y, por más gente que haya a nuestro alrededor, siempre existirá una realidad muy semejante a un desierto. Una persona puede ser manantial con su fantasía, con la riqueza imaginativa, con la propia iniciativa, con la alegría, con el deseo de servir. Se puede llegar a ser oasis de alegría y encanto para aquellos que necesitan de amor, comprensión o simplemente compañía. Hay que aprender a ser fuente que suple las propias soledades. “Yo quiero que tu alma sea un manantial”, dentro del desierto del mundo, señala el padre en otro de sus raptos de idealismo; “debes ser un lugar de encanto y atracción, para que lleguen a ti todas las almas sedientas. Nunca lo niegues. Mas, tampoco permitas que lo ensucien”, advierte.

Hay amargura escondida en la frase: “yo no tuve los juguetes que tú tienes”, pero enseguida viene la nota cariñosa al admirarse de la armonía que la niña imprime a los colores que pretenden ilustrar el reflejo mental que tiene de sus juguetes. El la invita a jugar con los juguetes reales que la hacen reina y soberana de su mundo diminuto y también la invita a gobernar en su imaginación, imponiendo un elemental sentido de orden y coherencia a sus creaciones.

Llega la Navidad y la hija se reafirma como el más sagrado de los regalos. Hay gran sinceridad en el brote de admiración que hace decir al autor: “No contenta con los regalos que ya tenías entre tus juguetes, al llegar la Navidad, tu imaginación explotó en su colorido. Abriste tu caja de colores y plasmaste en rectas, semirrectas y curvas alocadas y concéntricas tu alborozo navideño.” Y se siente hondamente agradecido por el renovable regalo vital que la vida le ha encomendado: “Y todo ese colorido, y todas esas curvas acariciadoras que tú ha-

ces”, dice refiriéndose a una compleja maraña de líneas recién trazadas por la fantasía desbordada de la niña, “se me figuran tú misma envolviéndome con tu ternura, como el mejor regalo de Navidad para mi vida. Gracias, niña mía”. Es un hombre que no puede contener ya la emoción que lo embarga. Identifica los colores naranja, azul y verde de este papel de trazos infantiles que le ofrece su hija, como sencilla ofrenda de alegría, con los sentimientos festivos que colman de esperanza el ambiente. Y es feliz.

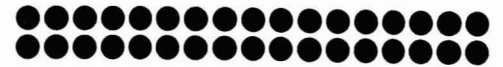
A medida que los trazos de la niña se tornan más firmes, más específicos, tanto para él como para la niña, la identificación de las dos fantasías se hace más compacta. Ella crea aves de variados colores, las exterioriza “estilizadas en cruces de diversas formas”; “¡A mí se me han escapado tantas!”, se queja él, refiriéndose a las oportunidades desaprovechadas, a las ideas desvanecidas para siempre. Y percibe en los dibujos “aves grises, que pones en posición de fuga con respecto a tu alma”. Es decir: surge el presentimiento, la intuición de futuras dificultades. La niña empieza a sospechar que habrá problemas y procura situarlos lo más lejos posible del centro generador de su alma.

Indudablemente que Novoa Montero —autor y personaje— proyecta su propia ansiedad y su propio alborozo al interpretar los dibujos de su hija. Es acertada la idea de colocar estos dibujos frente al comienzo de cada capítulo que los involucra. Así el lector puede bucear por cuenta propia en las líneas de colores que el padre pone en palabras y nos presenta como la más objetiva de las verdades, a pesar de que sus juicios no logran dejar de estar altamente matizados de subjetividad.

Los capítulos finales se acercan más y más al psicoanálisis a nivel primario. Notoria es la simpatía que siente el padre por cada nueva estampa que crea su hija, y que le permite a él la satisfacción de buscarse en lo que, al fin y al cabo, también es obra suya, pues ha salido del alma de quien salió también de él. Lástima que no oigamos la voz de esa amorfa criatura. Si fuésemos testigos de sus reacciones infantiles, de sus travesuras, de sus ocurrencias, de sus gestos, de la manera en que mira a su padre, viviríamos en esta lectura una experiencia más auténtica. Pero entonces sería otra clase de libro. Estaríamos tal vez frente a una novela.

Si toda la información acerca de la niña —que ni siquiera tiene nombre— no nos llegara a través de lo que decide presentar el autor a manera de conversación unilateral permanente, podríamos crearnos nuestra propia versión, valorar la otra cara de la moneda. Pero el autor ha escogido precisamente la edad menos propicia a la comunicación mediante palabras, para situar en ella las inquietudes de esa otra forma de comunicación que es el dibujo infantil. Sólo él puede ser, entonces, intérprete, juez y guía. La última frase del libro resume la actitud que espera de nosotros como lectores, al penetrar su mundo hecho de cariño, sencillez y fantasía: “¡Que tus alas toquen mis alas, vuela conmigo!”

Crónica



La China Mendoza agarró y dijo

por Edmundo Domínguez Aragonés

Personalmente creo que en la literatura mexicana (y principalmente desde los libros de Rulfo) se expresa una paradoja irreductible para el resto del mundo (y esto lo pongo en duda, dada la época contemporánea; las naciones son paradójicas); esta paradoja deambula en la conciliación entre surrealismo y realismo (¿es posible?); o dicho de otro modo: el realismo es surrealista y la vida real es suprainreal: demasiado real para ser mentira. En México chocamos cotidianamente con esta ambivalencia existencial, ontológica, que tantos bienes y prejuicios conlleva. Por ello, porque María Luisa Mendoza surge de este humus, es que *Con el, conmigo, con nosotros tres* refleja esta no conexión (en el texto, visualizado desde la atalaya del estructuralismo de otras etapas, pues el estructuralismo contemporáneo le da plena validez) entre el vivir en sí, para sí, y el de la otra orilla: aquel referido al vivir medio-en-sí, a través-de-sí; subvirtiendo la realidad que es, a la vez, la única posible de asir, de tocar, de asimilar. El libro, esta cronovela, nos habla, pues, de un pasado que se fue y está aún, en el aquí; que se intercomunica en un ir y venir sanguíneo, desde que el hombre se hizo presente en el planeta.

María Luisa Mendoza no hace, exactamente autobiografía, pero se acerca al presagio de Emerson:

Este maestro, Ralph Waldo, (diestro hablantín que sobrevivió una centuria dando conferencias, a lo largo y ancho de Estados Unidos y Europa; el más valioso filósofo de su época, de yanquilandia y la fuente de inspiración más perdurable; idealista feroz y partidario del individualismo que hizo a Whitman cantor de sí mismo), se lanzó con la siguiente máxima (por otra parte reproducida como epígrafe de su *Tropico de Cáncer*, por maese Henry Miller):

“Muy pronto, el lugar de estas novelas será ocupado por diarios y autobiografías, libros cautivadores con tal que el hombre sepa escoger entre lo que llama sus experiencias la que sea realmente su experiencia, y sepa también consignar la verdad con toda velocidad.”

No es que María Luisa Mendoza haya consignado en su cronovela la verdad pleonástica sino que el libro cautivador a que se refiere Emerson (y dentro de cuyas virtudes cae *Con El, conmigo, con nosotros tres*)